

Roxanne de Bor

Roxanne de Bor

Argelia Beatriz Gutiérrez Navarro

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Lic. Historia

6° semestre

abcg.7113@gmail.com

El carruaje avanza tan rápido como los caballos pueden arrastrarlo. Si no conociese el destino, pensaría que estoy en una carrera. Aunque, de hecho, fui yo quien exigió tal velocidad, ya que mientras más pronto llegue, más pronto podré regresar a mi hogar. El cochero avisa que el suntuoso palacio de Versalles, el lugar al cual me dirijo, ya puede divisarse en el horizonte. Movida por sus palabras, asomo mi cabeza por la ventana; en efecto, la residencia de los soberanos de este país sobresale en el paisaje.

Finalmente, después de algunos metros más, el carruaje se detiene; señal de que el trayecto ha concluido. Un lacayo abre la puerta de mi carruaje y me ofrece su mano para ayudarme a descender. Porta orgullosamente el uniforme de la servidumbre cercana a la familia real, además de la característica peluca polvosa. Él toma mi mano y la sostiene firme mientras bajo por los dos únicos escalones de mi carruaje.

— Buena noche, mi *Lady* — saluda besando el dorso de mi mano. Qué espanto.

— Buena noche — respondo secamente. — Mi abuelo, el duque de Penthièvre, recibió la invitación de Su Majestad, la Reina, para la fiesta que tiene lugar hoy; sin embargo, no pudo asistir por su delicada salud, motivo por el cual me ha enviado a mí - explico.

El lacayo asiente y me señala el camino que debo tomar para llegar al salón, como si yo no lo conociera. Camino a buen paso entre los anchos y lujosos pasillos hasta entrar al gran salón, cuyas dimensiones siembre me han causado intriga y admiración. No tengo la oportunidad de contemplarlo como otras veces porque la servidumbre comienza a ofrecerme postres y bebidas. Todo se ve tan rico que me niego a rechazar algo, así que agarro un pastelillo y una copita de vino.



Después, abriéndome paso entre los amplios vestidos y las pelucas sucias, busco a mi madre, superintendente de la reina María Antonieta y a quien no he visto en días, pues la Reina le encargó la organización de las fiestas por el nacimiento del príncipe. Luego de mucho interrogar, un criado me comunica que la Reina está descansando en su habitación y que nadie sabe dónde está exactamente mi madre. Sin más remedio, decido salir al jardín para respirar algo de aire fresco. Tomo asiento en una de las elegantes bancas. Aunque la noche es hermosa, no me quita la idea de que venir aquí ha sido un error. De repente, escucho una voz desconocida detrás de mí.

— Buena noche, mi *Lady* — aquellas sencillas palabras me obligan a voltear; descubro a un joven, probablemente un par de años mayor que yo.

— ¿Qué hace aquí? La fiesta es allá dentro.

— Debo hacerle la misma pregunta. ¿Qué trae a una dama tan bella al frío jardín? Tal vez llueva dentro de un rato.

— No intente adularme.

El sujeto, sin pronunciar ni una sílaba, se sienta junto a mí. Sus ropas son finísimas, así que me imagino que se trata de un noble de alto rango. A juzgar por sus rasgos, es mayormente francés, aunque con posibilidad de ascendencia extranjera. Sus cabellos, que nos son cubiertos por una peluca, son oscuros y rizados, aunque un olor desprendido de ellos me hace pensar que se puso algún producto para lucir así. Sus ojos azules me recuerdan a los ríos y su piel blanca a la nieve. Aunque no es feo, su osada compañía me provoca incomodidad.

— ¿Tiene algún vínculo con la familia real? — interroga.

— ¿Usted? — pregunto. No pienso responder primero.

— Sí. Llevo el apellido Borbón.

— Yo también. Es mi familia de nacimiento.

— ¿Y su esposo?

— No soy casada.

— Entonces, ¿puedo invitarla a bailar? — pronuncia ofreciéndome su mano.



— No.

— ¡Vamos! Su Majestad la Reina ha indicado que se interprete música de Mozart, un extraordinario compositor al que ella conoció de niña en Austria - insiste.

— No quiero — repito.

— La llevaré a la fuerza — avisa con tranquilidad para después ponerme de pie, tomarme entre sus brazos y cargarme como si yo fuese un costal.

— ¡Bájeme! — ordeno, pero me ignora.

Estamos por volver a entrar al salón cuando un guardia nos detiene.

— Su Alteza, ¿qué está haciendo? — interroga mirando al joven, quien al fin me baja.

— Invito a esta señorita a bailar — responde colocando su brazo en mi espalda.

— ¿A *mademoiselle* de Lamballe? — el guardia me reconoce.

— ¿Usted es la hija de la princesa viuda de Lamballe? — pregunta el joven asombrado.

— Así es. ¿Quién es usted? — cuestiono.

— El príncipe Luis Enrique, primo hermano del rey — el guardia responde por él.

— Oh, entiendo, Alteza. Ha sido interesante conocerlo, aunque debo retirarme. Mi abuelo está enfermo y ya que me he presentado en la fiesta, puedo volver con él para seguir cuidándolo — anuncio dándome media vuelta, pero el príncipe toma mi mano, obligándome a verlo.

— Espere, ¿volveremos a vernos? — duda con esperanza infundada.

— Espero que no, Alteza — contesto zafándome de su agarre y andando tan rápido como es posible de vuelta a mi carruaje.

Salgo de Versalles y regreso al castillo de mi abuelo. El oscuro camino es débilmente iluminado por la farola del carruaje, pero los caballos conocen tan bien el camino que marchan tranquilos. Al llegar, una criada me recibe con una vela. Me comunica que mi abuelo ya duerme, por lo que no le notifico mi regreso, pero ordeno al mayordomo que le informe en cuanto se despierte. La misma criada que me recibió me



conduce hacia mi habitación, prende el candelabro de mi mesa de noche, me ayuda a cambiarme al camión y después se retira para permitirme descansar.

Al día siguiente, me despierto cuando mi cuerpo se ha cansado de dormir. Un reloj en mi mesa de noche me indica que es temprano, como si ayer no me hubiese ido de fiesta. Llamo a una criada y con su ayuda me cambio al vestido más ligero que poseo para después presentarme en el comedor para el desayuno. Sin embargo, me encuentro con la no grata presencia del príncipe Luis Enrique, quien está sentado junto a mi abuelo. Porta la misma ropa de anoche y en su rostro se dibuja una sonrisa tan encantadora que causa pánico.

— Roxanne, querida, siéntate, por favor — indica mi abuelo. Le obedezco sintiendo la mirada del príncipe fija en mí. — El príncipe ha venido con una solicitud muy especial —.

— *Mademoiselle* de Lamballe, anhelo convertirla en mi esposa.

— Alteza Serenísima, no quiero casarme; ni con él ni con nadie. Mi lugar es aquí con usted y con mamá — explico mirando hacia mi abuelo e ignorando lo más posible al príncipe.

— Tienes dieciséis años, estás en la edad ideal para casarte y el príncipe es un espléndido partido — recuerda. — Tu madre puede encargarse de ella y de mí, además de que contamos con suficientes criados a nuestra disposición —.

— Piense también en los beneficios económicos de nuestra unión — agrega el príncipe, a quien me digno a ver. Luce una sonrisa maquiavélica.

— Luisa María Roxanne, tu madre y yo no duraremos para siempre, y tus tías tienen sus propias obligaciones. Necesitas alguien que se encargue de ti y el príncipe es un excelente prospecto. Si no te casas con él por las buenas, será por las malas — dicta mi abuelo.

Ya no sé qué responder y mi abuelo toma mi silencio como aceptación. Desayunamos en el más infame de los silencios y luego, usando una campanilla, mi abuelo consigue movilizar gente. Primero, retiran los utensilios del desayuno y limpian la mesa; mi abuelo me impide retirarme. Después, manda traer a su secretario y le dicta algunas instrucciones. Por último se firman papeles tanto por mi abuelo como por el príncipe. De esa forma, para cuando cae la tarde ya estoy comprometida con el príncipe



Luis Enrique, quien, haciendo gala de su triunfo, osa visitar mi habitación, hincarse frente a mí y tomar mi mano para acariciarla.

— Roxanne de Borbón, será afortunada conmigo. Para cuando llegue el nuevo siglo, usted y yo tendremos nuestra espléndida vivienda cercana a Versalles, nuestros vástagos jugarán con los hijos de los monarcas y los banquetes en su honor no faltarán.

— Es 1785, ¿podrá lograrlo en quince años? — reto. Él asiente, besa el dorso de mi mano, después mi mejilla y sale de mi habitación, dejándome con un amargo dolor en el pecho y las lágrimas amontonándose en mis ojos.

Me siento tan sola. Mi abuelo era la persona en quien más confiaba y me ha obsequiado a un extraño. Si esto no es una traición, ignoro de qué acto se trate. Por otro lado, mi madre sigue en Versalles y no sé su postura respecto de mi próximo matrimonio. Tal vez ella pueda rescatarme, pero el aprecio que siente por su suegro es tan grande que seguramente aceptará su decisión. Fuera de ella, no conozco a nadie más que se atreva a desafiar a mi abuelo. Entonces, sabiéndome la única que puede liberarme, se me ocurre una única opción para librarme de mis pesares.

Entrada la noche, llamo a una criada de complexión similar a la mía, delgada y de estatura promedio. Cuando la tengo frente a mí, iluminada por una vela a punto de agotarse, le cambio uno de sus harapientos vestidos a cambio de un collar que tiempo atrás me regaló mi abuelo. Es tan precioso que ella no duda en rechazarlo. En seguida, con auxilio de la misma criada, me visto con aquella ropa pobre y salgo del castillo por una de las puertas traseras. Siguiendo un sigilo impropio de mí, marchó hacia París, la ciudad más cercana, para agarrar el primer transporte que me aleje de aquí.

El alba se asoma en el horizonte cuando llego a la ciudad. Estoy hambrienta y no dormí nada. Tomé la precaución de traer conmigo unas monedas, así que compro un pan, ante la mirada envidiosa de quienes no pueden adquirir una pieza. Voy ingiriendo mi alimento mientras busco donde agarrar un transporte que me aleje de aquí cuando, de pronto, paso por fuera de un establecimiento y su puerta se abre, golpeándome, tirándome al suelo y provocando que pierda mi pan. El llanto quiere iniciar, pero logro contenerlo.

— Le pido infinitas disculpas, señorita —. Habla el hombre que salió de la puerta y me ayuda a levantarme. - Mi nombre es Maximilien Robespierre. ¿Puedo conocer el suyo? — se presenta por una razón que no entiendo.



No obstante, una confianza inexplicable me motiva a seguir la charla. — Es un placer, joven Robespierre. Me llamo Roxanne de Bor... — inicio, pero me detengo antes de confesar que ostento el apellido de la familia real.

— ¿De qué?

— De Bor. Roxanne de Bor.

— No debería andar sola tan noche, *mademoiselle* de Bor. ¿No tiene una familia que se preocupe por usted?

— Mi padre murió antes de que yo naciera y mi madre, pese a su delicada salud, se encarga de cuidar a mi abuelo y trabaja para la Reina. Tampoco tengo hermanos. Solo quiero alejarme de París.

— De ser así, señorita, le propongo que huya junto conmigo.

— ¿Disculpe? ¿Acaso piensa que huiré con usted solo porque sí? — interrogo indignada. Podré estar desamparada, pero nací en alta cuna y mi dignidad es lo último que pienso perder.

— Escúcheme, por favor. Vivo al norte, en Arrás, donde ejerzo como abogado. Puedo llevarla a mi casa, que es fría y solitaria. Estoy seguro de que una presencia femenina podrá convertir mi morada en un auténtico hogar — invita.

No es mala opción. Me llevará lejos del poder central y una vez en su casa puedo volver a escapar. Como es al septentrión, incluso después podría ocultarme en Inglaterra, donde ningún Borbón tenga poder sobre mí y también podría sobrevivir porque mi esmerada educación incluyó lengua inglesa. La idea de vivir por mi cuenta en un país donde si bien tendré un rango más bajo, podré gozar de libertad, hace que se me haga agua la boca. El hombre frente a mí me mira expectante, así que, con dramática lentitud, voy despegando mis labios.

— Está bien. Iré con usted — respondo al hombre, quien toma mi mano con brusquedad y me conduce hacia donde quería llegar, las carrozas.

Una con dirección al norte está a punto de salir, por la que el abogado y yo subimos a ella. Voy apretada, sucia, hambrienta y somnolienta; pero aliviada. Compartimos el vehículo con otros individuos que parecen ser de una clase media, ya que



sus ropas son formales y citadinas, aunque no tienen la sofisticación de las prendas de élite. Me doy cuenta de que yo soy la que carga con el peor aspecto, aunque, ciertamente, oculta por completo mi verdadero origen.

El tal Robespierre va hojeando un libro. Sé leer, pero creo que las mujeres de las clases populares no pueden hacerlo, así que finjo ignorancia ante el texto de sus libros y ante la propia hoja que él comienza a manchar con sus trazos. Va escribiendo sobre el gobierno de Luis XVI, al cual tacha de ineficiente y una absoluta calamidad para nuestro país. Aquello me parece una ingratitud de su parte. Conozco al soberano en persona, incluso tenemos un ancestro en común, el Rey Sol. Nuestro monarca es simpático, incluso me agrada más que la reina María Antonieta. Tal vez no sea el mejor rey que hayamos tenido, pero se esfuerza por nosotros.

Algo no va bien.

Robespierre está escribiendo cosas feas sobre Luis XVI; luego sigue con otros nobles. Lanza los peores insultos para todos, y lo que es peor, tiemblo cuando veo escritos los nombres de Luis Juan María de Borbón, duque de Penthièvre; mi abuelo; y el de María Luisa Teresa, princesa viuda de Lamballe, mi madre. Es abismalmente notorio el desprecio que siente por ellos y por mi familia; quizás incluyéndome. Sé que no tengo derecho a defenderlo considerando que estoy escapándome de su cobijo, pero no puedo olvidar los afortunados años que viví como la nieta del duque.

— Qué bueno que escapó de París, señorita de Bor. Según los pronósticos de mis amigos y compañeros intelectuales, pronto habrá un caos inimaginable en la ciudad. Pero no se preocupe, conmigo estará segura – menciona tenebrosamente; seguramente notó mi expresión atónita por leer tantas acusaciones.

Está mintiendo, pero yo le mentí primero. Mi seguridad no está garantizada y no quiero ni imaginarme qué será de mí si llega a descubrir mi real identidad. Sin embargo, arrepentirme no es una opción; ya es muy tarde. Ahora solo quiero llegar con una persona: mi papá.